

El hombre universitario

Ignacio Núñez de Castro

Catedrático Jubilado de Bioquímica y Biología Molecular

Me invita mi compañero el Profesor Miguel Ángel Medina a escribir unas páginas sobre *El hombre universitario* al celebrarse los 20 años de publicación de *Encuentros en la Biología*. En general podríamos decir que es universitario todo aquel que de alguna manera pertenece a la *Universitas*. Esta definición, sin ninguna otra matización, es francamente muy pobre. Un poco de historia quizá nos ayude y enriquezca nuestro concepto de «hombre universitario».

El nombre *Universitas*, Universidad, ya aparece en la Bula *Parens scientiarum* de Gregorio IX por la que se crea la Universidad de París en el año 1231, refiriéndose al conjunto de profesores y alumnos. *Universitas*, de la misma raíz que universo, en el latín, usado como lengua culta en aquel entonces, frente a los diferentes romances que iban apareciendo, significaba gremio, cuerpo o cofradía, en nuestro caso de Profesores y alumnos, o mejor de maestros y escolares. Es interesante observar que la Bula pontificia tiene lugar para defender la *Universitas* (el conjunto de profesores y alumnos) del Cabildo Catedralicio de París, después de los incidentes y huelgas del año 1229, de los que no era ajeno el problema del aristotelismo, defendido por la Facultad de Artes, pero rechazado por la Facultad de Teología. Guillermo de Auxerre, miembro de la comisión nombrada por Gregorio IX para examinar los escritos aristotélicos, que daba muestras de apertura a las nuevas corrientes, parece ser que fue uno de los redactores de la Bula.

En la *Partida Segunda* de Alfonso X el Sabio, se describe el *Studium generale* como *ayuntamiento*; aún no se había popularizado la palabra Universidad en el sentido que hoy la usamos. La Real Academia Española la define como “institución de enseñanza superior que comprende diversas facultades y que confiere los grados académicos correspondientes”. En las *Partidas* “Estudio es *ayuntamiento de maestros y escolares*, que es hecho en algún lugar con voluntad y con entendimiento de aprender los saberes, y hay dos maneras de él: la una es la que dicen estudio general, en que hay maestros de las artes, así como de gramática y de lógica y de retórica y de aritmética y de geometría y de música y de astronomía, y otrosí en que hay maestros de decretos y señores de leyes; y este estudio debe ser establecido por mandato del papa o del emperador o del rey” (2.31.1).

Las Universidades: Bolonia, París, Salamanca, Oxford son la gran Institución de la Edad Media; precisamente, coincidiendo con su decadencia en el Renacimiento, el concepto Universidad como escuela de saberes y de profesionales, se perfila tal como lo usamos ahora. En el Renacimiento tardío, en contraposición a las Universidades como ámbito de excelencia, donde se cultivan las ciencias, aparecen las Academias: en 1610, en Roma Federico de Cesi, Duque de Acquasparta, funda la Academia de los Linceos a la que perteneció Galileo como sexto socio de número y unos años más tarde, 1660, tiene su inicio la *Royal Society* en Londres donde brillan Boyle, Newton y Darwin.

En el siglo XIX la Universidad vuelve a resplandecer, reformada en el Reino por John Henry Newman gracias a la influencia de su obra *Idea of a University*, donde defiende que el ideal universitario es la formación integral del hombre (*gentleman*); en el área germánica fue Wilhelm von Humboldt, fundador de la Universidad de Berlín, quien enfocó la reforma universitaria hacia la investigación, lo que tuvo por resultado el nacimiento de la gran ciencia alemana, la *Naturwissenschaft* del siglo XIX. Ortega y Gasset criticó, más de una vez, ese sesgo tan marcado hacia la investigación de la Universidad alemana diciendo que “a mi me ha acontecido durante mis años de estudio en Alemania, he convivido con muchos de los hombres de ciencia más altos de la época, pero no he topado con un solo buen maestro” (*Misión de la Universidad*). Las grandes Universidades Americanas podría decirse, con una ruda aproximación, que son un híbrido de las Universidades inglesa y alemana.

Nuestra Universidad, la Universidad moderna española lastra todavía el haberse configurado en los dos últimos siglos con el modelo de la Universidad estatal napoleónica, que según Ignacio Sotelo “ya no se identifica con una tradición, sino exclusivamente con la razón, entendida como razón de Estado”. Sin duda ninguna, esta identificación con la razón de Estado o más bien, con la razón del estadista correspondiente, explica la crisis continua a la que se ha visto sometida nuestra *Alma Mater*. Nuestra Universidad desde hace dos siglos no se alimenta de una razón propia, sino de una razón extraña y ajena a lo que debería ser la propia Universidad. Se da la paradoja de que la Universidad que comenzó como *ayuntamiento* autónomo y libre, haya terminado en nuestro país como una institución dependiente y heterónoma al albor de la política de turno. La Universidad, salvo raras voces, -raras en el sentido latino de la palabra, de pocas y desconectadas entre sí-, ha abandonado su función social de instancia crítica, de formación integral de hombres de la *polis*, es decir de ciudadanos.

Mi experiencia universitaria ha sido larga, primeramente como alumno de Licenciatura en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Sevilla, como alumno en las Facultades Eclesiásticas de Filosofía (Alcalá de Henares) y Teología (Granada). Como alumno de Doctorado en la Facultad de Ciencias de Granada y como Profesor invitado en la Universidad de Friburgo de Brisgovia. He enseñado durante 34 años en las Universidades de Granada (5 años), Autónoma de Madrid (8 años) y en la Universidad de Málaga (21 años). Hice una estancia post-doctoral en la Universidad de Friburgo en Alemania. He sido Profesor invitado en varias universidades latinoamericanas en: Argentina, El Salvador, Colombia, Bolivia y México. He podido visitar otras muchas universidades. Sin embargo, dudo si podría pedir para mí el calificativo de hombre universitario; es mucho lo que verdaderamente exige el ser universitario.

Quiero matizar ahora la expresión de hombre universitario. A juicio de Ignacio Sotelo al haber intentado la Universidad Napoleónica convertirse en una escuela de profesionales, esta se convirtió en una escuela especial, ocupada en la transmisión de saberes técnicos especializados. Se eliminó, así, de la Universidad lo que le era más propio: «un saber racional y sistemático sobre la realidad en su conjunto». Puesto que la Universidad pasó a ser de conjunto de maestros y escolares a ser conjunto de facultades donde se enseñaban los diferentes saberes. Al haber tenido la suerte de experimentar varios modelos universitarios en mis años de formación y de docencia, sí que me atrevería a sugerir lo que considero un hombre universitario de verdad:

1. Es el hombre que busca libremente la Verdad, concretada en pequeñas verdades, pero que siempre tiene como referente a la Verdad última. Quien busca la Verdad tiene la promesa de conseguir la libertad de espíritu; recordemos las palabras de Jesús de Nazaret: «*La verdad os hará libres* (Jn 8, 31)». Ser libre, ser el autor de sí mismo -diría Pico Della Mirándola- es lo que fundamenta la dignidad humana.
2. El hombre de espíritu libre es, consecuentemente, un hombre abierto a toda la realidad. No se trata, pues, de acumular un saber enciclopédico, sino de aplicar la razón y el discernimiento con sentido crítico, para llegar a la resolución de los problemas de la vida y saber elegir y decidir en cada momento lo verdaderamente humano.
3. Si tiene ese espíritu crítico, este hombre, esta mujer de gran apertura de conciencia sabe apreciar las semillas de la verdad, que se encuentran diseminadas en todas las manifestaciones históricas y culturales que son realmente humanas. Cuando digo manifestaciones históricas, me refiero a los sistemas de pensamiento, creencias, realizaciones de lo que llamaría Hegel el «espíritu objetivo»: arte, música, literatura, derecho, todo lo que es el acervo cultural de la historia de la humanidad.
4. La apertura de conciencia lleva al hombre y mujer universitarios a aceptar con mirada crítica toda realidad; a saber mirar más allá del ahora inmediato, considerando la Historia como verdadera *Magistra vitae*; a saber trascender el espacio y el tiempo.
5. El verdadero hombre universitario, si es alumno, querrá alimentarse y crecer. La palabra alumno, viene del latín, y es un participio pasivo antiguo del verbo *alo* (alimentarse), diríamos algo así: «*alumno es el que es alimentado*» y, por consiguiente, puede crecer. El talante abierto del alumno nace de su deseo insaciable de aprender y gustar los saberes.
6. El verdadero hombre universitario, si es Profesor, no puede dejar nunca el deber de alimentarse. Nos dice el *Libro de la Sabiduría* «Sin engaño la aprendí, sin envidia la comparto y no escondo sus riquezas; porque es un tesoro inagotable» (Sb 7, 13-14). Con verdad se ha llamado a la Universidad, *Alma Mater*, (Madre nutricia, *alma* de la misma raíz latina que *alumno*) por ser el lema de la Universidad de Bolonia: *Alma Mater Studiorum*. No hay un tiempo de aprender y un tiempo de enseñar: siempre es tiempo de aprender. El verdadero Profesor universitario estará siempre en situación de aprender el saber donde quiera que éste se encuentre.

Decía al principio que es mucho lo que exige ser verdaderamente un universitario, ya sea en la etapa de profesor ya sea en la etapa de alumno. Doy gracias a Dios porque mi vida ha rondado en torno a la institución universitaria.